

Sábado XXX del TO Ciclo A



4 de noviembre de 2023

Rom 11, 1-2.11-12.25-29

Sal 93

Lc 14, 1. 7-11

P. Eduardo Suanzes, msps

Situémonos en el relato del Evangelio. Jesús ha dejado (o está dejando la Galilea) y va de camino a Jerusalén, hacia el sur. Cuando está ya de camino, unos fariseos le han advertido de que Herodes le quiere matar; Jesús declara que va a seguir con su misión que le lleva a Jerusalén. Un día, durante el camino, siendo sábado, un jefe de fariseos le invita a comer a su casa. Fue el comienzo del relato del día de ayer. Es significativo el dato sobre el anfitrión de esta comida de Jesús en el Evangelio. Quien invitase a comer a Jesús debía saber que invitaba a ese Jesús tan problemático, desvergonzado y escandaloso. Jesús iba con un grupo (en el que se incluían mujeres) y difícilmente iba a segregarse de dicho grupo, que participaría con él en la comida (como atestigua la comida en casa el publicano Leví). El anfitrión, pues, debía asumir que en la comida en su casa participarían juntos hombres y mujeres, y que en esa comida no se seguirían las pautas tradicionales y divisorias por estamentos (varones adultos aparte, mujeres y niños por otro lado, siervos, etc.). Invitar a Jesús a comer implicaba para el anfitrión asumir tal *desvergüenza*, rebajar su honor y arriesgarse a ser puesto en entredicho.

En este episodio de la comida se darán cuatro situaciones. La primera ya la vimos ayer: la curación del hombre con hidropesía; quizá tuvo lugar durante el aperitivo que tenía lugar antes de sentarse a la mesa, en una sala contigua al comedor. Ahora la ocasión se da ante el hecho de que ciertos invitados, al pasar a la mesa, escogían los mejores puestos y estos eran los más cercanos al reservado para Jesús. Jesús se dirige a ellos; más tarde se dirigirá al anfitrión.

Ya con anterioridad Jesús se había mostrado atento al peligro que representa el ansia por ocupar los puestos de honor¹, ¿se acuerdan?: había criticado a los fariseos que les gustaba ocupar los primeros asientos en las sinagogas²; y más tarde prevendrá a los discípulos contra ellos, porque que les gusta ocupar los primeros asientos en los banquetes³, como es el caso del relato de hoy. Acuérdense, además del episodio en que los dos hermanos, Santiago y Juan, quien ocupar los puestos de honor en el Reino...Vamos, que Jesús era muy sensible a esta circunstancia de deseos de honor, del siempre aparecer, y preponderancia que están anclados en nuestra naturaleza.

¹ Cfr. FRANÇOIS BOVON. *El Evangelio de San Lucas II*. Ed. Sígueme. Salamanca, 2002

² Cfr. 11,43

³ Cfr. 20,46

En el libro de los Proverbios estaba escrito: «*No te pavonees en presencia del rey, ni te coloques entre los grandes; porque es mejor que te digan: «Sube acá», que verte humillado ante los nobles»*⁴. Estas palabras las retoma Jesús para insistir en su tema: la peligrosa actitud de quienes se preocupan por el honor.

Si nos fijamos bien, Jesús presta atención no solo al hecho de que esos invitados escogían los primeros puestos, sino al «cómo lo hacían», es decir, su manera de hacerlo, solo para ellos, se entiende. Y aprovecha la circunstancia para una enseñanza por medio de una parábola: la invitación a un banquete de bodas y la actitud que hay que tener con relación al asiento que se deben ocupar. Como en aquella época la gente se tomaba ya en serio su dignidad, algunos huéspedes importantes procuraban no llegar los primeros. Tal es el caso que Jesús considera. Si a nadie le agrada tener que ceder su sitio a otro, verse obligado a ello resulta humillante, y es una vergüenza que comenzará con el movimiento de desplazamiento a los lugares menos importantes, yendo en aumento⁵.

Lo que está proponiendo Jesús con este sencillo ejemplo es que no debemos preocuparnos por tener el mejor sitio en el Reino de Dios, sino de tener un sitio, sin preocuparnos de la honra y el honor. A Jesús eso del honor le tiene sin cuidado, pues cuando el vino al mundo ni siquiera había lugar para él, pero vino de todas formas y se instaló entre los últimos.

Tal vez podríamos pensar que los consejos de Jesús denotan una moralidad interesada. Es decir, que nos podríamos sentar «humildemente» en los últimos lugares, deseando de corazón que se nos diga que pasemos a los primeros. Y cuando vengan a llevarnos a un sitio mejor digamos: «no, no,...no soy digno...»; pero en el fondo sentir gran complacencia. La actitud propuesta por Jesús, es ciertamente interesada, pero de un interés a largo plazo; a corto plazo se trata, por lo contrario, de una manera de vivir desinteresadamente. Hay que decirlo sin mala conciencia: el Dios de la Escritura nos invita a la felicidad. No se opone a nuestro éxito final, a nuestro triunfo. Simplemente, propone una felicidad que no se consigue a costa de los demás y ofrece un camino que pasa por el rebajamiento, el servicio, la humildad y el don de sí mismo. Este es el significado de la frase final: «*el que se engrandece a sí mismo será humillado; y el que se humilla será engrandecido*»

La contundencia y la insistencia con que Jesús salía al paso de esa búsqueda de «importancia» parecen directamente proporcionales al engaño que supone y al sufrimiento que genera. El poder que gira en torno al yo –o, con otras palabras, el poder que ansía o ejerce quien está identificado con su yo– es siempre dañino⁶.

⁴ Prov. 25, 6-7

⁵ Parece que esa sabiduría popular del Libro de los Proverbios y la insistencia de Jesús en este tema llegó a calar en el mundo judío, pues el rabí Simeón ben Azzai (por el 110 de nuestra era) decía: «Mantente lejos del lugar que te corresponde, a dos o tres sillas de distancia, Y aguarda hasta que se te diga: '¡Sube más arriba!' No subas (demasiado pronto), porque te podrían decir: '¡Baja más abajo!' Más vale que se te diga: '¡Sube más arriba, sube más arriba!', que no que se te diga: '¡Baja más abajo, baja más abajo.' » (*Levítico Rabba* [WaR 1, 5]). El *Levítico Rabba* es una enseñanza homilética sobre el libro del Levítico.

⁶ Cfr. ENRIQUE MARTÍNEZ LOZANO. *La sabiduría de no vivir para el yo*. En www.feadulta.com